

Perséfone que asciende del abismo en donde ha cortado el narciso, la flor del deseo. Paul Eluard revela la identidad entre amor y poesía:

Tú das al mundo un cuerpo siempre el  
El tuyo [mismo]  
Tú eres la semejanza.

La mujer es la semejanza. Y yo diría: la correspondencia. Todo rima, todo se llama y se responde. Como lo creían los antiguos, y lo han sostenido siempre los poetas y la tradición oculta, el universo está compuesto por contrarios que se unen y separan conforme a cierto ritmo secreto. El conocimiento poético —la imaginación, la facultad productora de imágenes en cuyo seno los contrarios se reconcilian— nos deja vislumbrar la analogía cósmica. Baudelaire decía: “La imaginación es la más científica de nuestras facultades porque sólo ella es capaz de comprender la analogía universal; —lo que una religión mística llamaría la correspondencia... La naturaleza es un Verbo, una alegoría, un modelo...” La obsesiva repetición de imágenes y mitos a través de los siglos, por individuos y pueblos que no se han conocido entre ellos, no puede razonablemente explicarse sino aceptando el carácter arquetípico del universo y de la palabra poética. Ciertamente, el hombre ha perdido la llave maestra del cosmos y de sí mismo; desgarrado en su interior, separado de la naturaleza, sometido al tormento del tiempo y el trabajo, esclavo de sí mismo y de los otros, rey destronado, perdido en un laberinto que parece no tener salida, el hombre da vueltas alrededor de sí mismo incansablemente. A veces, por un instante duramente arrebatado al tiempo, cesa la pesadilla. La poesía y el amor le revelan la existencia de ese alto lugar en donde, como dice el *Segundo Manifiesto*: “la vida y la muerte, lo real y lo imaginario, lo pasado y lo futuro, lo comunicable y lo incommunicable, lo alto y lo bajo dejarán de ser percibidos contradictoriamente”.

Todavía no es tiempo de hacer uno de esos balances que tanto aman los críticos y los historiadores. Hoy nadie se atreve a negar que el surrealismo ha contribuido



La Central Surrealista en 1925. De izq. a der.: Charles Baron, Raymond Queneau, Pierre Naville, André Breton, J. A. Boiffard, G. de Chirico, Roger Vitrac, Paul Eluard, Philippe Soupault, Robert Desnos, Louis Aragon. Delante: Simone B., Max Morisé, Mme. S.

de manera poderosa a formar la sensibilidad de nuestra época. Además, esa sensibilidad, en buena parte, es creación suya. Pero la empresa surrealista no se ha limitado únicamente a expresar las tendencias más ocultas de nuestro tiempo y anticipar las venideras; este movimiento se proponía encarnar en la historia y transformar el mundo con las armas de la imaginación y la poesía. No ha sido otra la tentativa de los más grandes poetas de Occidente. Frente a la ruina del mundo sagrado medieval y, simultáneamente, cara al desierto industrial y utilitario que ha erigido la civilización racionalista, la poesía moderna se concibe como un nuevo sagrado, fuera de toda iglesia y fideísmo. Novalis había dicho: “la poesía es la religión natural del hombre”. Blake afirmó siempre que sus libros constituían las “sagradas escrituras” de la nueva Jerusalén. Fiel a esta tradición, el surrealismo busca un nuevo sagrado extrarreligioso, fundado en el triple eje de la libertad, el amor y la poesía. La tentativa surrealista se ha estrellado contra un muro. Colocar a la poesía en el centro de la sociedad, convertirla en el verdadero alimento de los hombres y en la vía para reconocerse tanto como para transformarse, exige también una liberación total de la misma so-

sociedad. Sólo en una sociedad libre la poesía será un bien común, una creación colectiva y una participación universal. El fracaso del surrealismo nos ilumina sobre otro, acaso de mayor envergadura: el de la tentativa revolucionaria. Allí donde las antiguas religiones y tiranías han muerto, renacen los cultos primitivos y las feroces idolatrías. Nadie sabe qué nos depararán los treinta o cuarenta años venideros. No sabemos si todo arderá, si brotará la espiga de la tierra quemada o si continuará el infierno frío que paraliza al mundo desde el fin de la guerra. Tampoco es fácil predecir el porvenir del surrealismo. Pero yo sé algo: como las sectas gnósticas de los primeros siglos cristianos, como la herejía catara, como los grupos de iluminados del Renacimiento y la época romántica, como la tradición oculta que desde la antigüedad no ha cesado de inquietar a los más altos espíritus, el surrealismo —en lo que tiene de mejor y más valioso— seguirá siendo una invitación y un signo: una invitación a la aventura interior, al redescubrimiento de nosotros mismos; y un signo de inteligencia, el mismo que a través de los siglos nos hacen poetas. Ese signo es un relámpago: bajo su luz convulsa entrevemos algo del misterio de nuestra condición.

## LA EXPERIENCIA DE UNA AVENTURA ARQUEOLOGICA

Por Laurette SEJOURNE

Si nos esforzamos por comprender la realidad del antiguo México, descubriremos, primero, que la totalidad de su pensamiento religioso se apoya en conceptos sólidamente estructurados; en seguida, que esos mismos conceptos son los que forman el núcleo de todas las culturas mesoamericanas, por cuanto, a pesar de la multiplicidad de estilos que en el curso del tiempo y las diversas regiones han surgido para expresarlos, su vigorosa presencia es discernible en todas partes.

El descubrimiento de la alta espiritualidad que sirve de base a la religión precolombina, hace intolerable la injusticia que se comete al calificarla de primitiva e incita a transmitir la certidum-

bre de que esta religión representa una de las más nobles manifestaciones del espíritu humano. Y esto tanto más cuanto que no se trata de una vana disputa entre especialistas, sino de la discrepancia para juzgar un tema fundamental cuya valoración equivocada es susceptible de provocar perturbaciones que rebasan el marco de la investigación científica. En efecto, si llamamos primitiva a la mentalidad precolombina, borramos de la historia del pensamiento —la única que importa— la raza autóctona de la que el mexicano de hoy día reivindica la descendencia. El hecho de que, contra una costumbre universalmente aceptada, el pueblo de México haya erigido en héroe nacional al último empe-

rador azteca —al hombre vencido e ignominiosamente asesinado por aquellos mismos cuya lengua ha heredado—, demuestra la profundidad de esta reivindicación. La fidelidad a antepasados que habrían vivido al margen de todo verdadero principio espiritual, despierta, lógicamente, una mala conciencia: ese pueblo se solidariza con la rama familiar calumniada, pero justificada desconfianza que inspira su comportamiento impide, sin embargo, toda comunión enriquecedora con ella. Es decir, que mientras no se le considere bajo su verdadera luz, ese pasado que surge y se impone más de cuatro siglos después de su aplastamiento, ejercerá una influencia negativa. No creemos exagerar al decir que las fuerzas creadoras de una Nación podrían verse paralizadas por un dilema que les impide desplegar sus raíces en profundidad.

Conscientemente o no, las tentativas para tornar aceptables costumbres que justificaron la destrucción y la esclavitud,

tenderían a resolver este problema. Pero mientras tratemos de reconciliar contrarios irreductibles, como lo son, de una parte, la espiritualidad y, de otra, la avidez de poder y desprecio de la persona humana patentes en las guerras y los sacrificios aztecas, estos piadosos esfuerzos estarán condenados al fracaso, puesto que para examinar dos fenómenos de naturaleza opuesta hay que comenzar por distinguirlos al uno del otro. Influidos por la propaganda política de Tenochtitlán, se insiste en identificar los actos y las gentes de un imperio agresivo e inescrupuloso, con los mandamientos divinos, como si no supieramos que es costumbre inmemorial de los tiranos proclamar el apoyo de algún cielo. Ciertamente es que, gracias a un habilísimo ajuste de sus crímenes al formalismo ritual la tiranía azteca supo comprometer a los dioses mejor que ninguna otra; pero basta con leer, a este propósito, Durán, apologista entusiasta del poder azteca, para darse cuenta de que la religión no tiene nada que ver con el murdo de pillajes y homicidios con el que se la quiere confundir.

Si a pesar de las confusiones que singularmente se han ido acumulando, la naturaleza temporal del estado azteca se puede demostrar con la ayuda de las crónicas, no ocurre lo mismo por lo que hace a comprobar la grandeza de un pensamiento expuesto mediante una escritura simbólica, cuyos signos representan síntesis de principios muy elaborados. Es decir que, lejos de ser elementos simples que al modo de las letras alfabéticas cobrarían un sentido con sólo leerlos, cada uno de estos signos es una fórmula filosófica, y constituye, de cierta manera, el compendio de un tratado desaparecido. ¿Podemos reconstituir, con fundamentos sólidos, la verdad de formular que, sobrevivientes a un mundo naufragado, nos llegan a través de la noche y el silencio de siglos hostiles, solas, separadas de todo contexto y en la más austera desnudez?

Por lo demás, siendo por sí misma de carácter simbólico, la literatura precolombina no puede servirnos de texto explicativo. Al igual que la iconografía, está compuesta de imágenes tomadas al universo de las formas; pero contiene siempre el enunciado de leyes de una profunda resonancia interior. No son, pues, los poemas y los mitos los que nos pueden proporcionar los datos elementales que ayudarían a esclarecer el pensamiento en su plenitud, tal y como se manifiesta en los símbolos. Por ello es que, estén expresadas por palabras o por líneas y colores, las concepciones religiosas del antiguo México se nos aparecen como un todo hermético, cuya penetración exige una paciencia a toda prueba: sólo por la observación atenta del menor residuo cultural y por el estudio profundo de las singularidades más infimas, llegaremos a desatar, poco a poco, ese nudo de significaciones que es toda imagen simbólica.

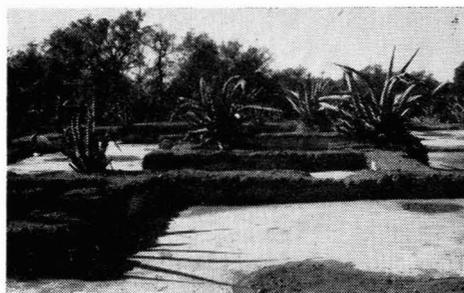
Los descubrimientos de las excavaciones y las crónicas del siglo XVI son las dos fuentes principales de conocimiento: siendo indispensable la una a la otra, porque se iluminan recíprocamente, su confrontación constituye la ayuda más valiosa. Pero esta confrontación sólo rara vez es posible, porque, situado en el Altiplano el centro político del antiguo México, la mayoría de los Cronistas tra-



*Colaboradores del arqueólogo en plena tarea*



*El sacrificio de los magueyes*



*Un aspecto del palacio explorado*

tan de las costumbres y de las creencias náhuas. Ahora bien, como las ciudades que los náhuas habitaban en el momento de la Conquista española, las más importantes de las cuales eran Tenochtitlán y Texcoco, fueron sistemáticamente aniquiladas, los vestigios de su mundo cultural son raros. Esto hace que no podamos, por falta de material iconográfico suficiente, sacar todo el partido del inapreciable testimonio de los Cronistas, y que, por otra parte, la mayoría de las riquezas arqueológicas que cubren el resto del país nos lleguen desprovistas de la menor palabra de introducción. Sueña uno con nostalgia en la ayuda que supondría para la comprensión del pensamiento precolombino una obra de Sahagún que versara sobre los totonacas o los zapotecas, por ejemplo; o en la luz que arrojaría sobre los trabajos de este historiador la existencia de pinturas murales que ilustran los misterios de la religión azteca.

Sin embargo, parece que hay una manera de llenar estas lagunas, ya que todos los documentos especifican que los aztecas heredaron su saber de un pueblo que había poblado el centro de México desde la más remota antigüedad. De ser así, aclarados por los textos del siglo XVI, los vestigios de esta cultura ancestral deberían, lógicamente, proporcionar la clave del lenguaje simbólico náhuatl. Esta suposición se ha confirmado más de lo que se hubiera podido esperar. En efecto, si nos asomamos atentamente a la más antigua metrópoli de toda mesoamérica—Teotihuacán, la ciudad sagrada de Quetzalcóatl—discerniremos una sorprendente similitud entre sus obras y las de la infortunada Tenochtitlán, que es cerca de quince siglos posterior. Es

tanto el parentesco que relaciona a la primera con la última ciudad náhuatl, que las descripciones que le hicieron a Sahagún, los informadores aztecas permiten descifrar hasta en sus menores detalles las imágenes teotihuacanas. De no ser por la prueba arqueológica, hubiera sido difícil concebir en los sabios de Tenochtitlán una tan profunda deferencia por la tradición primordial.

De golpe, las vías de penetración en el pensamiento precolombino se nos muestran infinitas. Primero, porque siendo la producción artística de Teotihuacán de una riqueza incomparable, el número y la variedad de los objetos son superiores a los que proporcionan todos los demás sitios arqueológicos. Y luego, porque los habitantes de este antiguo centro adornaron sus templos y sus residencias con frescos de motivos religiosos, cada fragmento de los cuales es susceptible de revelar un detalle esencial para la comprensión del lenguaje simbólico.

Pero el material que existe en los museos y en las colecciones particulares no es, desgraciadamente, inagotable. Una vez estudiado éste, la necesidad de practicar excavaciones que procuraran nuevos elementos de conocimiento se hizo imperiosa, tanto más cuanto que las nueve décimas partes de Teotihuacán se hallan todavía ocultas por la tierra, que las recubriría ya en los tiempos de la Conquista.

¿Y de qué otro modo podría intentarse comprender al antiguo México, sino desenterrando la ciudad que sin duda constituye la cuna de la civilización náhuatl? Así mismo parece pensarle Alfonso Caso, quien al considerar las posibilidades de elucianción del calendario de los aztecas pone también sus esperanzas, ante todo, en Teotihuacán:

“... las exploraciones en los próximos años, principalmente los descubrimientos de las pinturas de Teotihuacán, nos podrán llevar más adelante en este conocimiento.”<sup>1</sup>

Como era de esperarse en un país que tanto se preocupa por su pasado, se encontraron personas comprensivas que, mediante una donación al Instituto de Antropología e Historia, permitieron una temporada de excavaciones, de cuatro meses, a un grupo de investigadores entre los cuales me contaba.

A pesar de la certidumbre de su urgencia, las excavaciones representan una ruda prueba. El juego apasionante de la búsqueda cobra un aspecto totalmente diverso cuando se aleja de los museos y de las bibliotecas: ante una veintena de campesinos que discuten las condiciones o esperan las órdenes frente al sacrificio de magueyes espléndidos o las quejas de un venerable anciano eleva por las tierras que se le arruinan; ante este todo viviente que uno viene a trastornar, el ardor por descubrir la verdad prehispánica sufre un ligero eclipse.

La elección del terreno planteó un problema embarazoso, porque los pisos de estuco que indican la presencia de construcciones residenciales—el presupuesto constreñía a un espacio limitado—aflojan a lo largo de varios kilómetros en torno del centro religioso. Me decidí por

<sup>1</sup> Alfonso Caso, Estudio presentado a la Mesa Redonda de Cronología, México, Diciembre 1955, página 24.

el lugar llamado Zacuala por formar parte de un área que había proporcionado ya frescos de interés extraordinario.

El lugar en que comenzaron los trabajos resultó ser un gran patio limitado por cuatro construcciones derruidas, de muros cubiertos de frescos, que me iniciaron de inmediato en un sentimiento que debería predominar sobre todos los demás: el deseo nostálgico de conocer la totalidad de una imagen cuyos fragmentos revelan lo suficiente como para que lamentemos su pérdida. En efecto, en contacto con estas residencias pintadas en las que la ausencia de la piedra hace que resurjan todas fragmentadas en innumerables pedazos, la experiencia del arqueólogo cobra un carácter único: el deslumbramiento que produce ver a la tierra removida derramarse en brillantes colores; la esperanza de descubrir un motivo clave y el pesar amargo de que tal fractura, precisamente, impida su comprensión, constituyen las etapas regulares de la aventura cotidianamente renovada.

Sin embargo, se presenta la increíble excepción del surgimiento repentino de un trozo de pared milagrosamente preservado. El primero, aparecido al tercer día de excavaciones, fué una ayuda moral inapreciable. Como su lado pintado yacía sobre el suelo, sólo una semana después de su descubrimiento pudimos verlo, ya que resultó laborioso darle la vuelta a este bloque húmedo que amenazaba con deshacerse. (El estuco pintado de los muros está aplicado sobre una capa de cerca de diez centímetros de espesor de una mezcla de piedra molida y tierra.)

Era una maciza cabeza de serpiente emplumada, de mirada extrañamente severa y de colores resplandecientes: el blanco penetrante de su gran ojo, el turquesa de las plumas y el rojo del fondo brillaban a la luz recobrada. La resurrección de esta cabeza me pareció un mensaje benévolo, pero ya no estoy muy segura de que la alegría que me produjo fuera de orden puramente espiritual. Creo recordar que a pesar de la contemplación emocionada de esta imagen prestigiosa, me hice culpable —que Quetzalcóatl me perdone— de un pensamiento profano: que la persona que había defendido la casa de Teotihuacán para obtener la donación había alegado juiciosamente que un simple metro de una pintura con dos mil años de antigüedad equivaldría, por lo que hace a su valor comercial, a la suma pedida. Sea lo que fuere, me sentí mejor a partir de este descubrimiento, que quedó como el más grato entre todos.



*Caballero tigre*

Sin embargo, hubo mucho más, porque había tenido la suerte de dar con los vestigios de un palacio: patios, habitaciones, galerías, salones, corredores que se comunicaban entre sí y paredes decoradas de tal manera que los frescos, día tras día y semana tras semana, iban desplegándose al sol como si fueran láminas de un libro gigantesco. Adheridas a paredes frágiles, expuestas a lluvias que periódicamente las embeben y a las raíces con las que cohabitan —las de los pirules que corren a lo largo de sus superficies y las traspasan si hace falta para seguir su camino; las de los magueyes, algunas de las cuales, finas como cabellos, se infiltran entre el estuco y el muro, de suerte que el estuco se cae irremediablemente al ser descubierto— la preservación de estas obras de arte tiene algo de prodigioso. Se suma a las posibilidades de destrucción el hecho de que la parte superior de los muros no esté recubierta más que por una decena de centímetros de tierra, insuficientes para protegerlos del arado que, dos veces al año, les rebana un nuevo pedazo y les imprime más profundamente las ondulaciones de su paso. A causa de tal erosión estacional, infligidas desde hace numerosos siglos, y que terminará por arrasar los muros, éstos se presentan truncados a cerca de medio metro del suelo sobre el que reposan. Sólo la existencia de escalones viola, de cuando en cuando, lo que parece ser una regla: beneficiándose con la profundidad de su descenso, hay muros, y pinturas por lo tanto, que alcanzan el metro. De faltar los escalones, la

única esperanza de reconstruir los motivos de las partes conservadas en pie estriba en el descubrimiento de un trozo caído que contenga la parte que falta. Uno de estos trozos providenciales permitió conocer en su integridad el Caballero Tigre repetido sobre las paredes de un vasto salón el cual, dada su talla, apareció cuidadosamente decapitado en todas sus representaciones.

La intimidad cotidiana con estos jirones del pasado lleva a una comprensión más viva del carácter sagrado de Teotihuacán. Mutilados y borrados, o misteriosamente intactos, los restos que aparecen entre los escombros llevan impreso un dinamismo interior que no puede haber surgido más que en el período, de entre todos afortunado, de los orígenes, de los comienzos; el período en que las fórmulas tienen el brillo de su sentido pleno. Situado en las fuentes de la revelación que engendró el sistema religioso mesoamericano —la del principio que permite trascender la condición terrenal— la primera ciudad náhuatl refleja con fuerza la fe en la omnipotencia del espíritu.

Según Quetzalcóatl, el fin de la vida humana es rebasar los límites de la salvación y de la realización individuales para participar en la transfiguración de la naturaleza en su totalidad. Esta transfiguración se opera por medio de la acción (a la Era de Quetzalcóatl se la llama de *movimiento*) que, liberando una espiritualidad que encierra toda partícula terrestre, salva a la materia de la gravedad y de la muerte. Quizá sea por razón



*Restaurando una pintura mural*



*Transportando un trozo de muro pintado al fresco*

de esta tarea de envergadura cósmica por lo que los discípulos de Quetzalcóatl se dieron a sí mismos el nombre de *grandes artesanos* (toltecas).

Teotihuacán se erigió a la gloria de este principio redentor, y es difícil concebir un reflejo más puro de una experiencia religiosa. Tocada por la gracia, la materia de este lugar privilegiado ha olvidado soberanamente el estado de inercia que parecía serle inherente, y vibra toda ella por obra de su más profunda significación. Eliminando poco a poco su opacidad, la espiritualidad en acción ha hecho transparente el alma oculta en su seno y, así depurada, la materia se ha convertido en la imagen fiel de la realidad última: tal como placas fotográficas, el cuerpo humano, la piedra o la arcilla han revelado, por fin, la divinidad latente en ellas. (Teotihuacán significa literalmente *Ciudad de los Dioses* y designa, en nuestra opinión, el lugar en que el hombre se convierte en dios; es decir, en el que la serpiente —la materia— adquiere las alas que le permiten alcanzar las regiones superiores. En la simbólica náhuatl, la serpiente es el signo de la Tierra; el pájaro, lo es del Cielo).

Imposible equivocarse. Jamás una veleidat de poder temporal ha insuflado tanto impulso. Sólo una necesidad de orden interior es capaz de dar vida a un universo en el que la inspiración es inagotable; un universo en el que la arquitectura, maravillosamente libre de leyes rígidas, llega a la armonía y el equilibrio desdeñando la simetría; en que la pintura, de un atrevimiento de concepción altamente poético, aparece no obstante, por razón de su profusión y de su brillante colorido, tan natural como las flores del campo; en el que la riqueza de la cerámica —desde la más humilde olla hasta el vaso ceremonial— es tal que el estudio de los fragmentos, cuya sola evocación hace bostezar al arqueólogo, se convierte en un juego de descubrimiento.

Semejantes a las divinidades por su energía creadora, los *grandes artesanos* dotaron al mundo prehispánico con la semilla de todo el saber humano: enseñaron la finalidad de las cosas, y para expresar su doctrina agotaron las posibilidades de invención de los siglos por venir. Las otras culturas no tuvieron más que trasplantar a tierras lejanas los vástagos del mismo jardín, y es apasionante observar estos vástagos en los diversos climas espirituales en que se desarrollaron: con estilos particulares, reproducen todos las imágenes arquetípicas de la Ciudad de los Dioses. Este tema reclamaría para sí solo un estudio. Para señalar uno de sus aspectos limitémonos a hacer constar que las múltiples técnicas en que descuella Teotihuacán para decorar su cerámica no fueron jamás renovadas. Cada grupo étnico se limitará a tomar de ella esencialmente una, para hacerla suya: los zapotecas, el grabado; los mayas, el bajorrelieve (*au champlévé*); los totonacas la talla profunda; los mixtecas la pintura...

La grandiosa unidad espiritual de Teotihuacán hace inexpresablemente conmovedor el fraccionamiento y la mutilación de los restos desenterrados en el curso de las excavaciones. Esas ruinas de muros que hasta en su derrumbamiento resplandecen con sus imágenes; esos miles de despojos de objetos que guardan la huella de los signos que les fueron confiados, aparecen como las partes agoni-

zantes de un todo tan vivo, que se apodera de nosotros la angustia de su irremediable degradación. Antes de comprender la tensión que estos fragmentos imponen, me reprochaba como una frivolidad, una veleidat de gloria periodística, la esperanza, indefinidamente contrariada, de descubrir algún vestigio sensorial. Y es que la búsqueda de elementos que permitirían una visión más precisa de la antigua realidad se torna verdaderamente agotadora al solo contacto con testimonios ya herméticos. De ahí que de vez en cuando se ponga a soñar con un trozo del pasado —pared, ofrenda, sepultura— suficientemente bien conservado como para que hable con elocuencia, y de ahí también que cometamos la injusticia de irritarnos contra los residuos que, como moribundos de los que se espera ansiosamente una revelación, no exhalan más que vagos suspiros. Y sin embargo, son estos residuos pacientemente auscultados, así como los elementos captados al margen mismo de los objetos, los que, más que las piezas espectaculares, tejen lentamente la trama de las certezas arqueológicas. Por ejemplo, las sepulturas de Zacuala, aparte de sus ofrendas, por más interesantes que éstas sean, son las que han revelado los rasgos esenciales de la religión náhuatl.

Todas estas sepulturas consistían en perforaciones circulares de unos 70 centímetros de diámetro y 70 de profundidad, practicadas en habitaciones que, por razón de ciertas particularidades, parecen haber sido concebidas para desempeñar esta función: sus muros, con sólo una excepción, están pintados de rojo, y en tanto que debajo del piso de las habitaciones del palacio se encuentra invariablemente la tierra simple, debajo del de las cámaras mortuorias hay una espesa capa de piedra de un rojo intenso (tezonle), cortada regularmente en pequeños trozos, que rodea la tierra que contiene los restos humanos. ¿Por qué el rojo está asociado a la muerte? La esperanza de comprender se cifra en los textos, porque sólo mediante su confrontación puede aclararse un dato arqueológico: un bello mito náhuatl, registrado por todos los Cronistas y que constituye el núcleo del pensamiento mesoamericano, relata que después de la incineración de Quetzalcóatl, el corazón del héroe se

elevó al cielo y se transformó en la Estrella Matutina. Con vistas a esa transfiguración, los aztecas adornaban los despojos de los Grandes con las insignias características de Quetzalcóatl, en su papel de *Señor de la Aurora* (Tlahuizcalpantecutli), que estaba, en la simbólica, estrechamente vinculado al color rojo. El cambio de un hombre en planeta designa evidentemente la entrada de su alma en una realidad luminosa; de donde se desprende que la radiación púrpura que a semejanza de la aurora rodea la tierra negra en que yacen los huesos, debe ser el signo de la resurrección espiritual cuyo mensajero fué Quetzalcóatl.

Esta deducción podría parecer arbitraria si otros indicios —como la presencia de esqueletos de perros entre las ofrendas, y la costumbre de la incineración— no confirmaran el carácter rigurosamente náhuatl de las sepulturas teotihuacanas.

El mismo mito narra que antes de su ascensión gloriosa, Quetzalcóatl debe descender a los infiernos. En el curso de esta prueba, que lo lleva al centro de su propia materia ciega y percedera, asume el aspecto de un perro, o bien el de una criatura miserablemente purulenta y contrahecha (*Xólotl*), que aparece como una verdadera larva humana. (La elección de estas dos imágenes para sensibilizar el estado de conciencia aguda y dolorosa que es preciso experimentar para alcanzar la luz, es un ejemplo del vigor de expresión de este lenguaje simbólico). Quetzalcóatl, que por haberlas sondeado conoce las profundidades subterráneas, es quien acompaña, en forma de perro, al difunto en su peregrinaje hacia la resurrección, porque está dicho expresamente que al final de su viaje el alma penetra en la región en la que la *muerte se acaba*. De esto se desprende que la costumbre de enterrar un perro con el despojo —en vigor entre los aztecas, y cuyos rastros encontramos en cada una de las sepulturas exhumadas— lejos de suponer una grosera superstición, manifiesta la creencia en un orden espiritual cuya conquista es la finalidad propia de la vida. Los innumerables preceptos morales que forman la doctrina de Quetzalcóatl no tienen otro destino que el de socorrer al hombre en su alejamiento de la condición terrestre.



Cabeza de serpiente y cerámica de entierros

Siempre de acuerdo con la mitología, es una de estas larvas humanas la que arrojándose a una hoguera, da origen, en Teotihuacán, al Quinto Sol. El sol de *movimiento*, propio de Quetzalcóatl. La hoguera de la que emerge el astro —e igualmente de una hoguera sale la Estrella Matutina— simboliza la acción que al quemar los límites individuales, permite al espíritu comulgar con el Gran Todo.

De ahí que la incineración haya formado parte del ritual funerario. El historiador indígena Ixtlixóchitl indica el momento en que las poblaciones nómadas llegadas tardíamente al Altiplano mexicano (alrededor del siglo XII) adoptaron esta ceremonia náhuatl:

“... y aquella noche estuvieron con él, hasta que el otro día al amanecer lo quemaron... Ixtlixóchitl fué el primer emperador chichimeca que se enterró con semejantes exequias, que es conforme a los ritos y ceremonias de los tltecas...”<sup>2</sup>

Lógicamente, los *grandes artesanos* de Teotihuacán debían practicar la incineración, pero faltaba descubrir la prueba arqueológica. Desde la primera sepultura, estuvimos casi seguros de poseer esta prueba, porque los huesos presentaban caracteres que parecían ser los vestigios de un cuerpo sometido al fuego: no subsistían más que las partes más sólidas, y éstas, de un matiz de oro oscuro, se encontraban en un estado de fragilidad anormal. Aunque descubrimos lo mismo en cada una de las sepulturas, hubiera sido imprudente afirmar el uso de la incineración antes de conocer el resultado de los análisis a que están sometiendo los restos los especialistas del Instituto de Antropología, si el azar no nos hubiera hecho encontrar un *bulto de muerto* carbonizado.

Los documentos antiguos relatan que inmediatamente después del deceso, el cuerpo, en una postura que permitía sentarlo, era envuelto en telas y atado. A este bulto se le dedicaban los discursos y las ofrendas. Después de la ceremonia de la hoguera, se recogían las cenizas y se las enterraba piadosamente. Sahagún especifica que no quemaban al perro que servía de guía en el otro mundo, y en efecto, los esqueletos de este animal que exhumamos, situados siempre aparte de los restos humanos, generalmente al norte, estaban completos.

Así, habiendo escapado inexplicablemente a la regla según la cual las hogueras tenían que encenderse en la superficie del suelo —puesto que los Cronistas transcriben los rituales que tenían lugar durante la consumición del cuerpo y al momento de retirar lo que había escapado a las llamas— este *bulto* fué colocado en una sepultura, provisto de un acompañante para el más allá, y, una vez encendida la leña y recubierto todo de tierra, abandonado a su suerte.

Se necesitaron varios días para extraer de este montón de polvo negro, trabajosamente puesto al abrigo del viento, todo lo que interesaba. En primer lugar, el esqueleto, que aunque estaba en parte quemado parece ser más o menos completo. En seguida la cerámica, entre la que se encontraba una de esas muñecas, típicas de Teotihuacán, que el fuego, al

deshacer las ligaduras de brazos y piernas, había reducido, al igual que el cuerpo humano, a piezas separadas. Lo que más abunda en el material carbonizado es, naturalmente, la leña. Vienen después los restos del tejido que debía envolver el *bulto*, fragmentos de cuerda, de una cesta, de un cepillo, varias espigas de maíz, granos de frijol...

Estos residuos negros que guardaban intactas las formas de una vida tan frágil, ese fondo de cesta con sus espirales, la trama de aquella tela, ese nudo de cuerda, esos granos de maíz adheridos todavía a la espiga como si fuera lo más natural, poseían una gracia vivificante tal, que jamás el pasado de Zacuala logró imponer tan enérgicamente su presencia como a través de esas delicadas partículas vegetales.

Pocos días después tuve un sueño que traduce exactamente los sentimientos despertados por este hallazgo. Buscaba yo

ansiosamente —temiendo haberla perdido— una de las espigas de maíz desenterradas; la descubrí encima de una espiga fresca. Al cogerla, me di cuenta de que la punta de los granos carbonizados que habían estado en contacto con la espiga viva, comenzaba a germinar y que el más dulce de los verdes estaba invadiendo lentamente el negro.

Esta imagen, de un extraño parentesco con la del Códice Borgia en la que Quetzalcóatl, en su forma de Dios del Viento, está pegado a un esqueleto al que insufla la vida, nos pareció simbolizar a la perfección el papel creador que el arqueólogo debe apasionadamente tratar de asumir, si no quiere que las reliquias desenterradas expiren para siempre entre sus manos. Porque la arqueología, aunque a veces se la confunda con ciertos aspectos exteriores de su naturaleza, es esencialmente una gran aventura espiritual.

## A T L A U T L A y POPOCATEPETL

Por Manuel ROMERO DE TERREROS

I

A dos kilómetros de distancia de Ozumba, en el Estado de México, y hacia el Sudeste, se encuentra la pequeña población, cabecera de Municipalidad, de San Miguel Atlautla, o Atlauca, como algunos la llaman. En realidad, hoy no ofrece este poblado más atractivos que su situación en los alrededores del Popocatepetl y su iglesia, sin que esto quiera decir que el templo sea un monumento de sobresaliente arquitectura.

Hay noticia de que en el año de 1660, a veintitrés de mayo, día de la Santísima Trinidad, efectuaron los Padres Domini-

cos, en Atlautla, una “reunión de barrios”; y es probable que en esa fecha empezara a construirse el templo.

Situada de Oriente a Poniente, con entrada por este viento, tiene la iglesia de Atlautla sencillísimo imafrente y, del lado del Evangelio, torre de dos cuerpos, un poco más elaborada. En el lado opuesto, y contiguo al templo, un portal de tres arcos de orden dórico da acceso al patio, a la sacristía y demás dependencias. Pero este portal no puede haber servido antiguamente de “capilla abierta”, como en muchos otros lugares, porque tal clase de recintos ya no era necesaria en la época en que se construyó, es decir,



D. T. Egerton—La iglesia de Atlautla; al fondo, el Popocatepetl

<sup>2</sup> Don Fernando de Alva Ixtlixóchitl, *Obras Históricas*, México 1892, t. II, pp. 96-7.